

Zonas de alteridad

Fernando del Paso entrañable e infinito

Mauricio Molina

La concesión en días recientes del Premio Cervantes a Fernando del Paso es un acierto innegable que celebra a uno de los escritores más imaginativos y poderosos de la literatura mexicana de nuestro tiempo. Su obra —que incluye poesía, dibujo y memorables novelas— ha sido ejemplo y emblema para los escritores mexicanos posteriores.

Recuerdo haber leído con pasión y sorpresa *José Trigo*, publicado originalmente en 1966, una novela que rivalizaba en estructura y riesgo narrativo con *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante y con *Rayuela*, la legendaria obra de Julio Cortázar, dos libros monumentales de la literatura latinoamericana. Erigido bajo el esquema formal del *Tonalámatlo* Calendario Azteca, *José Trigo* establece y comienza a legislar sobre las obsesiones principales de su autor: el entrecruzamiento de lo íntimo e individual con la Historia, el erotismo, la ironía, el humor, la imaginería barroca.

La novela cuenta el destino de un trabajador (nacido de un padre sin brazos) en plena agitación de la huelga ferrocarrilera de fines de los años cincuenta, y de ahí Del Paso nos va conduciendo por el sinuoso laberinto de la historia de nuestro país, encadenando diversas tramas que se dirigen hacia la Cristiada, la Revolución, la Independencia, la Colonia y en el centro del libro un poema cosmogónico de potencia fundadora con reminiscencias al *Popol Vuh* y a la mitología prehispánica. Las historias van concluyendo una vez pasado el corazón de la novela hasta culminar con la muerte del personaje principal a manos de unos matones del gobierno fascistoide de aquellos años y que por lo mismo mantiene una vigencia innegable. Compararla con *Tres tristes tigres* y

con *Rayuela* me parece un acto de justicia. La suntuosa arquitectura de *José Trigo* es de una proeza técnica innegable. Adentrarse en ese laberinto es sumergirse en el complejo palacio de la memoria de nuestra historia.

José Trigo contiene momentos que recuerdan tanto a la prosa ceñida, poética de Rulfo, como a la apasionada y ondulante escritura de José Revueltas. No encontraríamos una novela que aunara el experimento formal con la denuncia social hasta la aparición de *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*, de Daniel Sada, una obra que debe mucho a Del Paso.

José Trigo contiene una pequeña pieza sobre unos hermanos incestuosos que constituye en sí misma uno de los relatos más hermosos de la literatura mexicana del siglo xx. Este cuento, como otros pequeños fragmentos de sus novelas que reclaman el *status* de piezas narrativas independientes, fue compilado bajo el título de “La historia de Guadalupe y Dulcenombre” en el volumen *Cuentos dispersos*, editado por la UNAM.

Once años después, en 1977, apareció *Palinuro de México*, una novela no menos definitiva y arriesgada para nuestras letras. Como recordamos, Palinuro fue el piloto de la nave de Eneas en la *Eneida* de Virgilio. Cuando se acerca a tierra Palinuro se queda dormido, cae al mar víctima de un hechizo de la diosa del sueño Hipnos y al tocar tierra lo asesinan unos bandidos. Ya en el siglo xx Cyril Connolly proyecta la figura de Palinuro como el pasajero sonámbulo de la modernidad en su espléndido libro *La tumba sin sosiego*. Novela de un barroquismo verbal y desbordado, *Palinuro de México* nos cuenta la fantasmagórica historia de un estudiante de me-

dicina en 1968. La galería de personajes entrañables es absolutamente relevante, ya que son ecos de esas figuras gigantes como Gargantúa y Pantagruel, Tristram Shandy o Stephen Dedalus: tenemos a la deliciosa Estefanía, al primo Walter, a Palinuro, pero también accedemos a capítulos como la muerte de un espejo y esa culminación desbordada, narrada en términos absolutamente carnavalescos, de la muerte de Palinuro bajo las balas de la soldadesca que destruyó la puerta de San Ildefonso y aplastó a los estudiantes con sus tanques después de gritarle al presidente Díaz Ordaz, en pleno Zócalo: “sal-al-balcón-hocicón”... Lo carnavalesco y lo político entablan de nuevo sus vasos comunicantes, en el caso de *Palinuro de México* con una profusión verbal que recuerda a Lezama Lima o a Carpentier. El regusto de la palabra, el párrafo aglutinante y desbordado son un ejemplo emblemático de lo que Bajtin llamó el principio dialógico de la novela. Todo cabe en Palinuro: el discurso médico, los diálogos teatrales, las reflexiones médico-filosóficas acerca de la experimentación con animales, el erotismo. Porque *Palinuro* es una expresión de los placeres y las fatalidades del cuerpo, pero sobre todo de sus deleites. Como en *José Trigo*, hay en *Palinuro de México* un diálogo con James Joyce, sobre todo con el *Ulises*. La diversidad de registros narrativos, las intertextualidades conforman una (otra) de las novelas experimentales y gozosas de Fernando del Paso. Como hemos dicho, el entrañable José Trigo muere a manos de los matones del gobierno, al tiempo que Palinuro muere durante la sórdida represión diazordacista. Dos víctimas de nuestro país del siglo xx cuyas figuras —el trabajador, el estudiante—

son también víctimas ejemplares de nuestro tiempo. Así, la vigencia de la obra de Del Paso no sólo radica en la riqueza de recursos formales sino también en su perspectiva política.

En 1987 Del Paso nos entregó *Noticias del Imperio*, una de las mejores novelas históricas de la literatura mexicana y una asignatura pendiente en el imaginario mexicano que sólo un escritor desbordado como Del Paso podía acometer: la fastuosa tragicomedia de Maximiliano y Carlota, contada a través de esta última, ya loca, hacia los años veinte.

El destino trágico de Max, segundo emperador de México, requería de una novela desmitificadora y humana, cuya impronta inaugura toda una genealogía que va de *La corte de los ilusos*, de Rosa Beltrán, sobre el fugaz imperio de Agustín de Iturbide; *El seductor de la Patria*, de Enrique Serna, que aborda la figura monstruosa y desorbitada de Santa Ana —tan presente en el México actual—, o *La invasión*, de Ignacio Solares, sobre la invasión norteamericana de 1847, por sólo mencionar tres ejemplos.

Max y Carlota son personajes muy mexicanos: infatuados por su sensación de ser emperadores de un país que desconocen

y les repugna en un principio, culminan convirtiéndose en emblemas nacionales del autoengaño trágico, cuya vigencia no dejarnos de encontrar en el México actual.

Sin embargo, hay en *Noticias del Imperio* un principio formal. Ya no se rige por la arquitectura prehispánica, como en *José Trigo*, ni por lo carnavalesco, como en *Palinuro de México*, sino por la música sinfónica. Melómano indiscreto, artífice de los ritmos en su poesía y en su prosa, toda la novela es una suerte de sinfonía con una obertura prodigiosa con el monólogo de Carlota, en sí mismo una pieza aparte, como los hermanos incestuosos en *José Trigo* o la muerte de Palinuro.

Noticias del Imperio echa mano de una estructura de contrapunto. Por un lado tenemos a Carlota y por otro los eventos históricos de la invasión francesa con personajes como Miramón, Mariano Escobedo, Porfirio Díaz y Benito Juárez, por sólo mencionar unos cuantos. Esta estructura musical perfectamente definida hace de *Noticias...* una obra plena de desmitificación y de una búsqueda de una comprensión novelística, imaginaria, de los acontecimientos históricos alrededor del Segundo Imperio cercana acaso al Thomas Mann de *Carlota en Weimar* (es una hi-

pótesis) a la trilogía de *Los sonámbulos*, de Hermann Broch. El elemento fáustico en Del Paso se hace presente en esta obra que continúa a *José Trigo* y a *Palinuro de México*.

Pero Max y Carlota son seres atrapados por la cárcel de la Historia. Lo mismo sucede con José Trigo y con Palinuro. Enjaulados por el decurso histórico, los personajes de Del Paso dialogan con su tiempo en el sentido hegeliano: desafían el devenir, acaso se oponen a la Historia, como el ferrocarrilero José Trigo, Palinuro, el estudiante de medicina o Maximiliano de Habsburgo.

José Trigo, *Palinuro de México* y *Noticias del Imperio* cuentan historias protagonizadas por figuras cuyo esplendor, rareza o destino es el de los titanes. Potencias telúricas, históricas, políticas hacen de José Trigo, de Palinuro, Estefanía y el primo Walter y de Carlota y Max, una constelación que brilla en el corazón de la literatura mexicana del siglo xx.

Pintor, poeta y novelista, Fernando del Paso es, qué duda cabe, una de las mejores cartas (un as bajo la manga) de la literatura mexicana.

Celebramos el Premio Cervantes para Fernando del Paso por su obra ineludible. **u**

© Javier Nardéz



Fernando del Paso